

¿Misterios?: le están engañando



Ricardo CAMPO

Tiene sentido que te vendan la posibilidad de sentir miedo para incitarte a acudir, pagando, a un espectáculo de misterio y terror o más bien es una estupidez? Yo creo que, más bien, es lo segundo. Tenía entendido que sentir miedo es una debilidad, así que promocionar un espectáculo apelando a tal posibilidad suena un poco decadente. Quizá porque el mercadeo del misterio, ya sea en forma de casas con espectáculo de terror, programas radiofónicos y televisivos de falsos enigmas a los que van algunos científicos que no saben realmente dónde se meten y otras chufas es, per se, un mundo decadente. Muy distinto sería que alguno de estos espectáculos consistiese en una representación típica de terror gótico, como las estupendas escenas del castillo del Drácula de Coppola, que acabara con un poco de pensamiento crítico y divulgación científica sobre cómo percibimos ciertos estímulos en ambientes ambiguos, cómo influyen nuestras creencias a la hora de interpretar esos elementos y cómo otorgamos credibilidad a cantamañanas que se presentan como expertos que son capaces de ir con una caja de zapatos forrada de papel de aluminio a una falsa casa encantada (como todas) para evitar que ruidos no deseados queden grabados en un grabador mientras sí se cuecen las vocecillas de los cuerpos desencarnados. Una casa, por ejemplo, como el Museo de Historia de La Laguna, donde los únicos fantasmas que campan son los que viven en San Borondón, la isla mítica que nunca existió, porque hoy sabemos que Wegener tenía razón. O como la casa del alma de Tacande, en La Palma, otra absurda leyenda que solo se traga gente con cerebro de pez o que supura ingenuidad por toneladas.

Se trata de un negocio (como todo el misterio mediático), pero con la variante turística, de tal forma que la transacción económica adquiere cuerpo como parte de una oferta cultural que había que cubrir. ¡Hasta se muestran preocupados por la instrucción del personal al que engatusan! Más bien, pienso yo, que soy un malpensado y un poco escéptico, que se trata de diversificar las formas de seguir aprovechando creencias locas de la gente en beneficio del bolsillo y del *postureo* de unos cuantos cuya única evolución intelectual, con el paso de los años, consistió en perfumar un mundo apollado de misterios y trascendencias ahora certificadas por sospechosos científicos creyentes. Porque se supone que alguien interesado en ese tercer mundo de maravillas comercia-

les debe volverse más correoso con el paso del tiempo, la experiencia debe hacerte santamente desconfiado y con mayor capacidad para discriminar. Mi recomendación es tener el insecticida a mano siempre que alguien prevea que un traficante de misterios, enigmas y otra fruta podrida (viajes astrales, psicofonías, casas encantadas, contactos telepáticos, precogniciones) cultivada en ciertas redacciones quiera acercarse a menos de cincuenta metros.

Si usted los ve, tápese la nariz con la mano porque cantan que da gusto; y no me refiero a la higiene personal. Se trata de mentes acomodadas en su debilidad, infantilmente festivas, alegres en su ignorancia, entusiastas por llevar metido a fondo el freno de mano que supone la "apertura al misterio", todo para que el lector u oyente, el consumidor, vaya, se zampe unas cuantas majaderías que ya eran antiguas en el siglo XIX como "hechos inexplicables". Afortunadamente en esta isla no tenemos solo los mundos pseudocientíficos de la calle de la piruleta paranormal: también contamos, por ejemplo, con el meritorio esfuerzo que algunos científicos de la Universidad de La Laguna están llevando a cabo para la recuperación pública la Casa Amarilla de Puerto de la Cruz. La importancia que para la historia de la psicología y de la ciencia en general tiene ese inmueble queda patente en este artículo de Carlos Álvarez: "100 años del nacimiento de la Psicología Comparada en Tenerife (I): W. Köhler y la Casa Amarilla", disponible en <http://www.cienociacognitiva.org/?p=902>. ¿Hay psicofonías de chimpancés en la Casa Amarilla?